CAPÍTULO XXX.

Incertidumbre.

> Nuestros propósitos flotan indecisos como la vacilante barca, que fluctúa en medio de la lucha de encontradas corrientes.
>
> *Comedia antigua.*

Si Luís pasó la noche entre la inquietud y la agitación, más desasosegado fué el descanso de Carlos de Borgoña, pues en ningún tiempo supo, como el rey de Francia, reprimir sus pasiones; antes al contrario, estaba acostumbrado á dejarlas ejercer en su espíritu libre y desenfrenado imperio.

Según estilo de aquel tiempo, dos de sus principales consejeros, á quienes dispensaba más confianza, Hymbercourt y Comines, pasaron la noche en su cuarto, á cuyo efecto se les prépararon camas cerca de la del príncipe. Nunca fué más necesaria su presencia que en aquella ocasión; pues la amargura, la cólera, la sed de venganza, y un sentimiento de honor que le impedía abusar de la situación en que el propio Luís se colocara, despedazaban alternativamente el corazón del duque. Parecíase su agitado espíritu á la erupción de un volcán, que arroja todas las diversas materias contenidas en su seno, mezcladas y fundidas en una ardiente masa.

No quiso desnudarse ni hacer ningún otro preparativo para acostarse, y pasó la noche entregado sucesivamente á los más violentos arranques de pasión. En algunos de sus arrebatos hablaba sin cesar á sus consejeros con tan precipitado tono y no vista volubilidad, que llegaron á creer que perdía la cabeza.

Tomaba por objeto de sus discursos las prendas y bondad de corazón del obispo de Lieja, asesinado indignamente, y recordaba todas las pruebas de afecto y mutua confianza que tantas veces se habían dado. Por fin, á fuerza de hablar, promovió hasta tal punto su dolor, que se echó de rostro contra la cama, pareciendo que se ahogaba con los esfuerzos que hacía para contener sus lágrimas y sollozos. Saltando en seguida del lecho, se entregó á otro arrebato de más furioso carácter. Dió largos pasos por la sala profiriendo incoherentes amenazas, y juramentos de venganza que lo eran todavía más, dando violentas patadas, según su costumbre, y tomando por testigos á san Jorge, san Andrés y todo lo que miraba de más sagrado, de que tomaría sangrienta venganza de Guillermo de la Marck, del pueblo de Lieja y de *aquel* que era la primera causa de los excesos que cometieran. Estas últimas amenazas, expresadas no tan á descubierto como las demás, tenían evidentemente por objeto la persona del rey; y una vez manifestó Carlos la resolución de enviar por el duque de Normandía, hermano de Luís, con quien estaba éste muy enemistado, y obligar al monarca cautivo, ó á abdicar la corona, ó á ceder alguno de sus más importantes derechos y heredamientos.

Otro día y otra noche se pasaron en estas agitadas y tumultuosas deliberaciones, ó mejor dicho, en una serie de rápidas transiciones de una pasión á otra. En todo este tiempo no se desnudó el duque, y satisfizo apenas las primeras necesidades de la naturaleza. Reinaba, en fin, tal desorden en sus discursos y acciones, que hacía temer que su furor terminara en rematada locura. Sin embargo, se fué poco á poco tranquilizando, y empezó á tener con sus ministros varias conferencias, en que se propusieron muchas cosas sin resolver ninguna. Comines asegura que un correo de gabinete estuvo ya una vez montado á caballo pronto á partir con objeto de llamar al duque de Normandía; en cuyo caso es probable que el monarca depuesto habría encontrado en su prisión, como se ha visto con frecuencia en semejantes casos, rápido camino para la sepultura.

En otros momentos, cuando sus furiosos arrebatos agotaran sus fuerzas, Carlos permanecía con los ojos fijos y todas las facciones en estado de rígida é inflexible inmovilidad, co-

mo hombre que medita algún proyecto desesperado á que no ha podido resolverse todavía. Es indudable que una insidiosa indicación, por ligera que fuese, de parte de alguno de los consejeros que le rodeaban, hubiera bastado para impulsar al duque á los últimos excesos. Pero los nobles borgoñones, por consideración al carácter sagrado de la persona de un rey y señor de vasallos, así como por el miramiento debido á la fe pública y honor del duque, que comprometiera su palabra cuando Luís se puso en sus manos, sentíanse casi unánimemente inclinados á recomendarle medidas de moderación: los argumentos de que Hymbercourt y Comines se atrevieran á echar mano durante la noche para calmarle, fueron reproducidos en las horas más tranquilas de la siguiente mañana por Crève-Cœur y otros que los alegaron con instancia. Acaso el celo que mostraban en favor del rey no era absolutamente desinteresado. Muchos de los cortesanos, como ya dijimos, experimentaran los efectos de la liberalidad de Luís; otros tenían en Francia dominios ó pretensiones que los sometían un poco á su influencia; y lo cierto es que el tesoro que trajera el rey á Verona en cuatro mulas, aligeróse mucho durante el curso de estas negociaciones.

Al tercer día, el conde de Campo-Basso rindió al consejo de Carlos el tributo de su talento italiano; y fué gran fortuna para Luís que no se presentara más pronto, cuando se hallaba el duque en los primeros arrebatos de furor. Á su llegada convocóse al instante un consejo ordinario para deliberar sobre las medidas que convenía adoptar en tan rara crisis.

Campo-Basso apoyó su dictamen con la fábula del viajante, la víbora y la zorra, y recordó al duque el consejo que da la zorra al hombre, de destruir su mortal enemigo mientras que el destino le pone á su disposición. Comines, que vió centellear los ojos del duque al oir una proposición que le sugiriera ya muchas veces la violencia de su carácter, dióse prisa en hacer presente la posibilidad de que Luís no hubiese tomado parte directa en el espantoso asesinato cometido en Schonwaldt.

—Acaso—dijo—se halla en estado de defenderse de esta acusación, y dispuesto á resarcir los daños y perjuicios que han ocasionado sus manejos en los dominios del duque y de sus aliados.

Añadió que un acto de violencia ejercida contra la persona del rey no podía dejar de acarrear á Francia y Borgoña terribles desgracias que resultarían de ella; y que entre otras no sería por cierto la menor el que los ingleses podrían aprovecharse de la discordia y divisiones intestinas que estallarían sin duda, para ponerse otra vez en posesión de la Normandía y de Guiena, y renovar aquellas desastrosas guerras que sólo se terminaron, no sin dificultad, por la unión de Francia y Borgoña contra el enemigo común. Dió fin á su discurso diciendo que no pretendía aconsejar al duque que diese la libertad á Luís pura y simplemente y sin condición alguna; pero que era de parecer que sólo debía aprovecharse de la situación en que se hallaba la Francia para celebrar entre los dos países un justo y equitativo tratado, exigiendo de Luís garantías que le impidiesen faltar á su palabra, y perturbar en lo sucesivo la paz interior de Borgoña. Hymbercourt, Crève-Cœur y otros se declararon altamente contra las violentas medidas propuestas por Campo-Basso, y sostuvieron que por medio de un tratado podían obtener ventajas más duraderas y hermosas para la Borgoña, que por medio de una acción que la llenaría de oprobio, cual sería la falta de fe y hospitalidad.

Escuchaba el duque todos estos argumentos con los ojos bajos y frunciendo sus espesas cejas, de modo que no sólo las acercaba una á otra, sino que las confundía en una. Y cuando el conde de Crève-Cœur añadió que no creía que Luís hubiese tomado parte en el acto de atroz violencia cometido en Schonwaldt, Carlos levantó la cabeza; y lanzando una severa mirada á su consejero, dijo:

—¿Con que ha llegado también á vuestros oídos, Crève-Cœur, el sonido del oro de Francia? Paréceme que se oye en mi consejo como las campanas de San Dionisio. ¿Quién se atreverá á decir que Luís no ha fomentado la rebelión en Flandes?

—Señor—respondió el conde—mi mano ha estado siempre menos acostumbrada á manejar el oro que el acero; y estoy de tal modo convencido de que Luís es culpable de haber suscitado los disturbios de Flandes, que no hace mucho le acusé de ello en presencia de toda su corte, desafiándole en vuestro nombre. Pero, aunque sus intrigas hayan sido la pri-

mera causa de esas conmociones, estoy tan lejos de creer que autorizara el asesinato del obispo, como sé de cierto que uno de sus emisarios protestó públicamente contra aquel crimen; y podría presentarle á Vuestra Alteza si fuese de su agrado.

—¡Si fuese de mi agrado! ¿Podéis acaso dudar que no desee yo proceder con arreglo á la más severa justicia? Aun en medio del más fuerte arrebato de furor, el mundo sabe que no soy capaz de fallar contra la equidad y rectitud. Yo mismo veré á Luís de Francia, le expondré mis quejas, y la reparación que exijo, reparación que podrá ser más suave si está inocente de este asesinato. Pero si ha sido cómplice en él, ¿quién osará decir que una vida consagrada á la penitencia en un apartado monasterio, no sea una sentencia tan benigna como merecida? ¿Quién podrá negar—añadió, enardeciéndose al paso que iba hablando—que una venganza más pronta y directa no sería más legítima y oportuna? Presentadme ese testigo de que me habláis. Pasaremos al castillo á las once; redactaremos algunos artículos, y será fuerza que los acepte. De lo contrario, ¡desgraciado de él! Otros dependerán del resultado que dén los procedimientos. La sesión está terminada, señores; ya podéis retiraros. Voy solamente á mudar de traje; pues este es poco decente para presentarme á mi *dignísimo soberano*.

Cargó el duque el acento en estas últimas palabras con honda y amarga ironía, y levantándose al mismo tiempo, salió de la sala con precipitado paso.

—La seguridad de Luís y, lo que es más importante todavía, el honor de Borgoña, penden de un cabello—dijo Hymbercourt á Crève-Cœur y á Comines. —Corre al castillo, Comines. Tu lengua es más afilada que la de Crève-Cœur y que la mía. Da noticias á Luís de la tempestad que le amenaza, y así sabrá mejor cómo precaverse. Espero que ese joven arquero no dirá nada que pueda agravar la situación del rey, pues ¿quién sabe cual podía ser la comisión secreta de que fué encargado?

—Ese joven—respondió Crève-Cœur—parece atrevido, pero más prudente y circunspecto de lo que pudiera esperarse de su edad. En todo lo que me ha referido, ha manifestado guardar mucha atención al rey, como á un príncipe en cuyo servicio se hallaba. Espero que hablará del mismo modo en

presencia del duque. Entre tanto es preciso que vaya á buscarle, así como también á la joven condesa de Croye.

—¡La condesita!—exclamó Hymbercourt—¿no habéis dicho que la dejasteis en el convento de Santa Brígida?

—Es verdad, pero las órdenes del duque me han obligado á enviar por ella, y la han traído aquí en una silla cubierta; pues encontrábase algo fatigada para viajar de otro modo. Hallábase sumamente abatida, tanto á causa de la incertidumbre por la suerte de su tía, la condesa Amelina, como por razón de la inquietud que no deja de tener por su propio destino: pues se ha hecho culpable de un grave delito feudal, atreviéndose á sustraerse á la protección de su señor: y no es el duque Carlos hombre para mirar con indiferencia el menor desacato á sus derechos de señoría.

La noticia de que la condesita estaba en poder de Carlos, presentó la posición de Luís más espinosa todavía á sus propios ojos. No ignoraba que ella podía dar cuenta de los manejos de que se valiera para determinarla á pasar á Francia con su tía, y suministrar de este modo contra él las pruebas que tuvo buen cuidado de hacer desaparecer mandando ahorcar á Zamet Maugrabin. Sabía también que esta intervención de su parte en los derechos del duque de Borgoña cuando fuere bien probada, ofrecería á Carlos un pretexto y un motivo para aprovecharse de todas sus ventajas.

Atormentado por todos estos recelos sobre su situación, platicaba el rey con el señor de Comines, cuyas luces y político talento congeniaban más con Luís, que el franco y militar carácter de Crève-Cœur y el orgullo feudal del barón de Hymbercourt.

—Esos soldados cubiertos de hierro, mi querido Comines—dijo el rey á su futuro historiador—deberían permanecer siempre en la antesala con sus alabardas y partesanas, y nunca poner el pié en el gabinete de los soberanos. Sus brazos son ciertamente á propósito para combatir por nosotros; pero el monarca que quiere dar á sus cabezas otra ocupación que la de servir de yunque á las espadas y mazas de sus enemigos, procede como aquel loco que quería aplicar al cuello de su querida el collar de un perro. Sólo á hombres como vos, Felipe, á hombres cuyos sentidos están dotados de aquel exquisito discernimiento capaz de penetrar más allá de la superfi-

cie de los negocios, deben abrir los príncipes su gabinete, las salas de sus consejos, y ¿qué diré yo?... los pliegues más ocultos de su corazón.

Era muy natural que á Comines, hombre lleno de instrucción y de talento, le lisonjease esta aprobación del príncipe de Europa tenido por el más sagaz; y no pudo ocultar tan enteramente la satisfacción interior que experimentaba, que dejase de conocer el rey cuánto le había impresionado.

—¡Ojalá—continuó—hubiese yo tenido semejante servidor, ó mejor dicho, que fuese yo digno de tenerlo! No me hallaría en la infeliz situación en que me veo; y, sin embargo, apenas me pesaría encontrarme en ella, como pudiese descubrir los medios de asegurarme los servicios de tan experimentado estadista.

Comines respondió que todas sus facultades, cualesquiera que fuesen, estaban al servicio de su Majestad cristianísima, salvo empero la fidelidad que debía á su señor legítimo Carlos, duque de Borgoña.

—¿Soy yo capaz de querer seduciros y corromper vuestra fidelidad?—exclamó Luís con tono patético.—¡Ah! ¿no me hallo yo mismo en peligro en este momento por haber dispensado demasiada confianza á uno de mis vasallos? ¿Á quién puede parecer más sagrada la fidelidad feudal que á mí, que no veo otro medio de salvación que implorarla altamente? No, Felipe de Comines, continuad sirviendo á Carlos de Borgoña, y de ningún modo podéis hacerlo mejor que negociando un tratado razonable entre el duque y Luís de Francia. Obrando de esta suerte, serviréis á entrambos, y veréis que uno de los dos por lo menos está agradecido. Me han asegurado que vuestro sueldo en esta corte iguala apenas al del gran Halconero. ¿Es posible que los servicios del más sabio consejero de Europa se pongan al nivel, ó se desprecien, por mejor decir, considerándolos inferiores á los de un pajarero y médico de aves de rapiña? La Francia posee hermosas tierras; su rey no carece de oro. Permitidme, amigo mío, rectificar esta escandalosa desigualdad. Los medios no están muy lejos: dejad que haga uso de ellos.

Al decir estas palabras, el rey le ofreció una gran talega de plata; pero Comines, cuyos sentimientos eran más delicados que los de la mayor parte de los cortesanos de su tiempo,

rehusó el regalo, dándole las gracias y diciendo que estaba perfectamente satisfecho de la liberalidad de su señor; y aseguró á Luís, que aun cuando hubiese aceptado el ofrecimiento que le hacía, no fuera esta circunstancia capaz de aumentar los deseos que tenía de serle útil.

—¡Hombre extraordinario!—exclamó el rey—permitidme que abrace al solo cortesano de este siglo que sea al mismo tiempo sabio é incorruptible. La sabiduría es mucho más preciosa que el oro más puro; y creedme, Felipe, tengo mayor confianza en vuestra asistencia en estos momentos de crisis, que en los socorros comprados de otros que han aceptado mis regalos. Os conozco, Comines, y estoy seguro de que no aconsejaréis á vuestro señor que abuse de la ocasión que la fortuna, ó para hablaros con franqueza, mi propia locura le ha proporcionado.

—*¡Que abuse!* No, ciertamente—respondió Comines—pero sí le aconsejaré que *use* de ella.

—¡Cómo! ¿Hasta qué punto? No soy tan mentecato para presumir que me suelte sin rescate; pero á lo menos que sea moderado. Tan dispuesto me hallo á atender la razón en Perona, como en París ó en Plessis.

—Pero si Vuestra Majestad me permite decírselo, la razón en París ó en Plessis solía hablar con tan humilde tono y baja voz, que no siempre podía alcanzar audiencia de Vuestra Majestad; pero en Perona tiene más sonoro é imperioso órgano y habla la trompeta de la necesidad.

—Vuestro estilo es harto figurado—dijo Luís, incapaz de reprimir un movimiento de mal humor.—Soy hombre liso y llano, señor de Comines; os ruego que dejéis á un lado vuestros tropos y que vengamos al hecho. ¿Qué espera de mí vuestro duque?

—No soy yo el portador de sus proposiciones, señor; él mismo os enterará cuanto antes de las que tiene que haceros. Sin embargo, acuérdome de algunas á que es preciso que Vuestra Majestad esté preparado. Por ejemplo, la cesión de las ciudades de Soma.

—Ya me lo imaginaba.

—La declaración de no haber tomado parte en los crímenes cometidos por los liejenses y Guillermo de la Marck.

—Tan cierto como no he celebrado pacto con el demonio.

—Os pedirá rehenes ó algunas fortalezas, por garantía de que os abstendréis en lo sucesivo de excitar la rebelión entre los flamencos.

—Algo ridículo es, Felipe, que un vasallo pida garantías á su soberano; pero pase esto también.

—Un infantazgo proporcionado é independiente para vuestro ilustre hermano el aliado y amigo de mi amo: la Normandía ó la Champaña, por ejemplo. El duque, señor, aprecia mucho la casa de vuestro padre.

—Sí; ¡fuego de Dios! La aprecia tanto, que quiere hacer reyes á todos sus hijos. Y bien ¿hase agotado vuestro almacén de proposiciones?

—Todavía no. Vuestra Majestad será requerido seguramente de no molestar más al duque de Bretaña, como lo ha hecho últimamente; y de no disputar por más tiempo el derecho que tienen vuestros grandes feudatarios de acuñar moneda y de nombrarse duques y príncipes por la gracia de Dios.

—En una palabra, reconocer por reyes á mis vasallos. Señor Felipe, ¿queréis que sea fratricida? Os acordáis de mi hermano Carlos? Pues bien, apenas fué duque de Guiena murió. ¿Y qué quedará para los descendientes y representantes de Carlo Magno, después de haberse desprendido de tan ricas provincias? Sólo el privilegio de hacerse ungir en Reims, y de comer sentados bajo dosel.

—Disminuiremos los cuidados de Vuestra Majestad en esta parte dividiéndolos con un compañero en esa distinción, que os era exclusivamente reservada. Aunque el duque de Borgoña no pida por ahora el título de rey independiente, desea sin embargo estar exento en lo sucesivo de ciertas humillantes muestras de sujeción que está obligado á guardar con el rey de Francia. Tiene también la intención de arreglar su corona ducal del mismo modo que la de los emperadores y de colocar un globo en la parte superior en señal de la independencia de sus dominios.

—¿Y cómo el duque de Borgoña—exclamó Luís levantándose precipitadamente y mostrando un grado de agitación nada común en él—cómo un vasallo de mi corona se atreve á proponer á su soberano condiciones que, según todas las leyes de Europa, le harian reo de prevaricación?

—En este caso, la pena que se le imponga será harto difícil de ejecutar—dijo con calma Comines. No ignora Vuestra Majestad que la observancia de las leyes del feudalismo empieza á desatenderse hasta en el mismo imperio Germánico; y que los señores feudales, lo propio que los vasallos, procuran mejorar su posición respectiva lo más que se lo permiten la fuerza y las ocasiones. Las relaciones secretas de Vuestra Majestad con los vasallos del duque en Flandes servirán á mi amo de pretexto, suponiendo que insista en que la Francia, reconociendo su independencia absoluta, se ponga en estado de no poder entregarse en lo sucesivo á semejantes maquinaciones.

—Comines!... Comines!...—dijo Luís volviendo á levantarse y paseándose por su cuarto con ademán pensativo.—Este es un terrible comentario del texto: *¡Væ Victis!* ¿Supongo que no queréis darme á entender que insistirá el duque en tan duras condiciones?

—Quisiera á lo menos, señor, que Vuestra Majestad estuviera preparado á discutirlas.

—Sin embargo, amigo mío, nadie lo sabe mejor que vos: la moderación en la prosperidad es necesaria para asegurar las ventajas que pueden resultar de ella.

—Vuestra Majestad me permitirá le diga que siempre es el que pierde quien ensalza el mérito de la moderación. El que gana, hace mayor caso de la prudencia que le impele á no dejar escapar la ocasión de que puede aprovecharse.

—Pues bien, lo reflexionaremos. Pero presumo que al menos indicasteis ya todas las pretensiones descabelladas del duque? ¿Se atrevería á llevarlas más allá? Sí; leo en vuestros ojos que aún no lo habéis dicho todo. ¿Qué quiere, pues? ¿qué puede desear? ¿Acaso mi corona, que habrá ya perdido sus más ricas joyas si le concedo todas las demandas que habéis significado?

—Lo que me resta deciros, señor, depende en gran parte de la voluntad del duque; pero tiene intención de pedir vuestro consentimiento, pues á la verdad es un punto que os interesa muy de cerca.

—¿Y de qué se trata?—preguntó el rey con impaciencia.—¿Deberé enviarle mi hija por concubina? ¿ó de qué otro deshonor pretende cubrirme?